

olvidaría un detalle tanto más significativo: que Delibes ha sabido retratar también en sus novelas a una entrañable clase media provinciana marcada por el susto de la guerra civil y sus consecuencias. Y en esta línea se sitúa nuestro héroe, Eugenio Sanz Vecilla, de apellidos premeditadamente grises, con sus muchos años de asignatura pendiente y de virginidad a cuestas, que un día, en la consulta de un médico, deja reposar su distraída mirada en un anuncio sentimental —contactos, encuentros, etc.— de una de esas revistas. Y a la vejez viruelas.

Lo interesante del procedimiento epistolar —desde la época de Valera a nuestros días, por citar un ejemplo clásico— es que la reacción y respuesta del destinatario quedan aplazadas, lo que da pie al lector a toda clase de suposiciones e incide en la tensión, el suspense o el humorismo del discurso narrativo, según proceda. Es también, en cierta medida, y recordando a Castellet, *la hora del lector*, pues éste recrea y se anticipa a los hechos, al imaginarse la acogida que del contenido de la carta hace el *silencioso* corresponsal. Así, una característica de la lectura de *Pepita Jiménez* es el ir adivinando el efecto que, paulatinamente, hacen en el señor deán las cartas de su sobrino, en las que se va reflejando de forma palmaria su evolución sentimental. Claro está que, en el llamado género epistolar, se le suministran en las cartas al lector indicios de lo que ha sido y está siendo la reacción del destinatario, por ejemplo, al estilo de «Dice usted que la gran victoria en cierto género de batallas consiste en la fuga» (*Pepita Jiménez*), o «No, en contra de lo que usted cree, no soy un televidente empedernido» (el *Sexagenario*, pág. 47), y que este rasgo aparece de forma más acentuada en la novela de Delibes. Pero es evidente que el procedimiento epistolar no contrastado —es decir, el que *oculta*, salvo los indicios apuntados, las cartas del otro corresponsal, en este caso la presumiblemente exuberante y a la par jamona Rocío— presenta un diálogo demorado y desconcertante que hace trabajar la cabeza del lector por los vericuetos de la intriga novelesca y del humor fino, lo que permite lucubrar sobre el contenido de la carta o cartas siguientes, rastrear el proceso sentimental de la exótica andaluza e incluso apostar por la conclusión de esos amores a través de la letra.

Y mediante esa técnica tan sencilla y su habitual dominio de la palabra —el que ahora se necesita para dar vida y caracterizar a un viejo periodista como es Eugenio Sanz—, Miguel Delibes va trazando, con crudeza de novelista, el perfil humano de su héroe, más antihéroe que otra cosa, figura gris como la de millares de seres casi orwellianos, que apestan a Seguridad Social, a derechos pasivos, a declaración de la renta, a recuerdos de monotonía de lluvia tras los cristales en el salón familiar, a enfermedades imaginarias y neurosis de tapones en los oídos, a lujuria de guisotes y a estética de bordados de la hermana fiel, centros de mesa que amarillean sobre el aparador de formica. Es este el recuento de miserias que contrasta, en la última novela de Delibes, con una pasión voluptuosa tardía y distante, como las miserias crematísticas y alimenticias del señor Grandet contrastan y se dan de bofetadas, en el paso del Romanticismo al Realismo, con la delicada y amorosa imagen de su hija Eugénie.

Quizá sea ésta una visión muy despiadada e incluso inexacta del protagonista y firmante de las cartas<sup>2</sup>, pues no todos esos rasgos en cascada que, un tanto

---

<sup>2</sup> En mi descargo diré que tampoco Delibes parece ser demasiado benévolo con su personaje, al que acusa de «oportunismo» y «malas artes». Ver la entrevista de Angeles García publicada en el suplemento

implacablemente, hemos apuntado, se corresponden a la figura de Eugenio Sanz, pero sí al arquetipo por él representado. Tengamos en cuenta que, además, está el valor humano, cálido y real que Delibes confiere a sus personajes, sobre todo a través de la técnica del diálogo, y del que resulta un espejo en el que cualquiera puede verse reflejado. Por otra parte, la imagen del periodista que se ha hecho a sí mismo, a costa de lecturas autodidactas, mucha corrección de pruebas y ríos de tinta plumífera —eco de delibianos recuerdos de un *El Norte de Castilla* entre bastidores— se traduce en un estilo epistolar y un lenguaje poco comunes, en que, con frecuencia, se mezclan el arcaísmo, el tecnicismo y la pedantería con gotas de una solera lingüística local, bajo el tamiz de un permanente tono remilgado y retórico y de un formalismo obsesivo y hasta contagioso. Es la cultura, incluso, de quien proclama haber leído a Freud, a Unamuno, a Ortega, y es hasta medianamente consciente de sus propios defectos y manías, pero que no está dispuesto a enmendarlos, con esa terquedad de los años, los recuerdos amargos y el peso de los achaques reales o inventados.

En esa configuración del «antihéroe» que decíamos es Eugenio Sanz —lo más opuesto al «intelectual español esforzado» que, según palabras de Gonzalo Sobejano, representa el fallecido marido de Carmen en *Cinco horas con Mario*—, no podían faltar detalles y tópicos de masas que le aproximan a lo que vulgarmente entendemos como un reaccionario (o al menos como un «neutro», si queremos atemperar adjetivos de contenido semántico encanallado): «Soy apolítico, desde la infancia lo he sido, y de siempre he considerado la política como un mal necesario. Quiere decir esto, señora, que tanto me da que la moneda caiga de un lado como del otro, que salga cara o que salga cruz» (pág. 67). Y por si esto, unido a su manifiesta fobia contra los jóvenes (págs. 74 y 100), fuera poco para caracterizar actitudes negativas y recelos, antes nos ha obsequiado con una perla de este calibre: «A propósito, ¿ha leído usted *Holocausto*? ¿Vio la versión de la novela en televisión? ¿No será un exutorio (sic) del capitalismo judío? Me gustaría conocer su opinión» (pág. 46). En su pretexto de que «únicamente desde esta posición neutral puede emitirse un juicio abierto» (pág. 67), Eugenio Sanz, ante las reticencias del hijo de su admirada correspondiente, no acierta, sin embargo, a dar una explicación satisfactoria de lo ocurrido en el periódico durante la posguerra, cuando es aupado por otro advenedizo, Bernabé del Moral, al puesto de redactor-jefe, y ve posteriormente frustradas sus aspiraciones al de director. Próspera y adversa fortuna de «un ser refractario a toda ideología, un simple trabajador», que no deja, eso sí, de aventar la paja en el ojo de sus compañeros de redacción. Un episodio más de servidumbres y resentimientos que contribuyen a trazar el perfil grisáceo del personaje.

La actualidad política del país, que nunca falta en las novelas de Delibes —véase, por ejemplo, su *aggiornamento* en *El disputado voto del señor Cayo*— muestra su reflejo en las andanzas y transformación de Julito, un paisano de Eugenio Sanz, que emigró al País Vasco por los 60 y ahora se ha vuelto más papista que el Papa: «... llama a las niñas Begoña y Aránzazu y al niño le dice Iñaqui. En la luneta trasera del coche lleva

---

*Libros de «El País»* (6 de octubre de 1983, pág. 3), a continuación de un artículo de Rafael Conte sobre esta novela, titulado *El escritor y la piel del personaje*.

una pegatina con una ikurriña y una leyenda en vascuence. El hombre está muy integrado... (...) todo se le vuelve decir: “Porque nosotros los vascos...”» (pág. 14). Creemos que, en este caso, no cabe achacarle a Eugenio Sanz el comentario socarrón, sino más bien al propio Delibes, que, oportunamente, habla por boca de muchos otros perplejos y desapasionados observadores de la cuestión vasca.

El análisis de las *Cartas de amor de un sexagenario voluptuoso* quedaría cojitranco si no se abordara su aspecto erótico, que aparece explícitamente en el título y en estrecha relación con el humorismo del libro. Para empezar, Eugenio Sanz es increíblemente virgen, como así lo manifiesta, con su acostumbrado estilo relamido, a su presunta lozana andaluza: «Creo que ya es hora de decirte que, pese a mis sesenta y cinco años, no he conocido mujer en sentido bíblico» (pág. 83). Es decir: un tronco muy grueso que añadir al fuego del estupor y la desconfianza que ya se está alimentando en la viuda. El personaje se instala, así, en una familiar galería de tipos «raros», muy del gusto de Delibes, y que suelen constituir, con sus excentricidades a cuestas, el soporte problemático del decurso narrativo. La voluptuosidad de Eugenio Sanz parte de un *voyeurismo* practicado con morbosa fruición durante años y años de abstinencia: «De chiquito miraba a mi hermana (Rafaela) como a una diosa, su cuello altivo, sus pugnaces pechitos insolentes, su cintura flexible, inverosímil, realzada por las curvas rotundas, ondulantes, de sus caderas» (pág. 48). Y el mirón esgrime ahora sus más afilados recursos lingüísticos al acusar recibo de la (engañosa) foto de Rocío: «¡Qué bien te ha tomado el sol! La facilidad para captarlo es una prueba más de tu noble calidad de carne. (...) Hay, en fin, la gracia indescriptible de tus senos, mínimos y prietos como dos piñas, semejantes a los de mi difunta hermana Rafaela cuando hace años se soleaba en esta misma galería donde ahora escribo. ¿Diste el pecho a tus hijos, amor? Sencillamente increíble» (pág. 82). El lector observa regocijado cómo las «ocurrencias» de Eugenio se acumulan carta tras carta —en las que ya la consabida obsesión incestuosa es casi un manifiesto a voces—, y así la relación sentimental se precipita hacia un desenlace cargado de negros nubarrones. Uno no deja de imaginarse los contornos psicológicos de Rocío, chistosa como buena andaluza, pero al mismo tiempo ferozmente calculadora, que pasa de la perplejidad al recelo y que juega un poco al ratón y al gato con un pedante que no cesa de echar piedras sobre su propio tejado con el relato de sus manías y complejos freudianos, y con sus redichas explicaderas domésticas. En el fondo, Rocío no es otra cosa muy distinta a Eugenio —por ejemplo, un físico en estado ruinoso—, pero ella, con el característico sentido práctico femenino, *va a lo suyo* y toma nota, llena de naturales precauciones que desembocan en la ñoñería de entrevistarse con Baldomero Cerviño, *pidiendo referencias*, lo que da un quiebro definitivo a los ya deteriorados amores epistolares y hace posible el temido final pesimista muy a la manera delibiana.

Lo despiadadamente burlón es que Eugenio, venciendo su natural timidez y con toda clase de circunloquios, ha desvelado su intimidad y todo termina en agua de borrajas. La siniestra moraleja apunta a las inversiones y empresas sentimentales que acaban en la ruina: en la soledad —punto de partida del libro— y en el ridículo. Eugenio ha abierto a Rocío no sólo su alma, sino también su cuerpo, e incluso sus intestinos, sin eludir detalles escatológicos, como los que hacen referencia a su